

vista de aquella mirada suplicante, sintió deshacerse su enojo como la nieve á los rayos del sol.

—¡Mal remedio es la ausencia!

—¡Pero observe usted que la mía no es voluntaria!

—¡Diga usted que lo que ansía es huir de mi lado!

—No, Elvira—respondió Gaspar;—ya dije á usted anoche que hoy es la vista del pleito.

—¿Y cree usted perderle si no va?

—No; mas mi viaje tiene sólo por objeto ese asunto, y...

—El mal—dijo Elvira casi llorando—está en que le quiero demasiado.

—Sí, ya lo sé—repuso Juncosa;—pero, ¡por Dios, póngase usted en mi lugar! ¡Una gran parte de mi fortuna consiste en ganar ese pleito!

—Pero... ¿no va usted más que á la Audiencia?

—Nada más.

—¿De veras? ¿Y volverá usted pronto?

—Al instante que me sea posible.

—Pronto vuelvo, querida mía—dijo Alberto á su mujer.

—Ven cuando quieras—respondió ésta.

—¡Cuidado con tardar!—dijo Elvira á Gaspar, que no separaba de ella sus ojos.

—No tardaré más que lo indispensable.

Y saludando á María con la cabeza, salió con su amigo.

VI

LA PROVIDENCIA DOMÉSTICA

Así que los dos amigos hubieron salido, María tiró del cordón de la campanilla, y Pepa, su antigua niñera, se presentó en el umbral.

A la sazón aquella mujer tenía un volumen espantoso, tanto era lo que había engruesado; pero su gran corpulencia correspondía á la dignidad de ama de llaves, á que había ascendido.

Contaría entonces Pepa unos treinta y seis años, y llevaba un traje de hábito carmelita, de gruesa estameña, que había ofrecido para toda su vida; á su costado izquierdo pendía una larga co-rra, de cuero barnizado de negro.

Por encima del cuerpo del vestido llevaba un pañuelo de seda, á cuadros, de colores oscuros, y por debajo de aquél se descubrían los bordes de otro de muselina, blanco como la nieve.

Un ancho delantal de cotonía azul cubría la mitad anterior de su falda, y su calzado se componía de medias blancas de algodón y de zapatos de rusel negro, escrupulosamente ajustados, con galón de seda.

Pepa tenía la cara gruesa y colorada; el cabello escaso, pero negro y lustroso; los ojos oscuros, pequeños y vivos; la boca grande, risueña, fresca y encarnada; en suma, *Pepa era fea, basta*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1000.1625 MONTERREY, MEXICO

y algo torpe; pero buena y cariñosa como la que más.

María tenía que ejercer sobre ella una activa vigilancia, porque todo se le olvidaba, á pesar de estar en la casa tantos años hacía; pero lo que una vez se le advertía ó se le mandaba, ya no se le volvía á olvidar, por aquel día á lo menos.

—Pepa, acércate—le dijo María con dulzura, al verla inmóvil al lado de la puerta.

La buena mujer obedeció.

—¿Está ya arreglado el cuarto del señorito Gaspar?—preguntó María.

—Sí, señorita.

—¿Tiene el servicio del tocador de porcelana?

—Ya se lo he puesto.

—¿Están arregladas las habitaciones de recibir?

—No lo he mirado.

—Ve, pues, á enterarte.

Pepa salió, y volvió á entrar un instante después.

—Todavía no se han tocado—dijo con aire compungido.

—Pues son cerca de las dos—repuso María tranquilamente, pero con severidad,—y puede venir alguna visita.

—Lo arreglaré todo en seguida.

—No quiero que tú lo arregles, Pepa—dijo María,—sinó que lo hagas arreglar á Rosa, de quien es la obligación.

—Ahora se lo diré.

Pepa salió, y Elvira se volvió á su hermana.

—¿Es posible que tengas paciencia para mandar todos los días las mismas cosas?—le preguntó.

—¿Y qué he de hacer?

—Tomar otra ama de gobierno.

—Ninguna será tan fiel y tan buena como Pepa; y además, ¿merece que se la despida después de tantos años de excelentes servicios?

—¡Pero si no te sirve de nada!

—Me sirve para todo, sólo que hay que ayudar á su mala memoria.

—¿Y te parece poco? Todos los días las mismas preguntas: ¿se ha planchado?; ¿se ha cosido?; ¿se ha lavado?; ¿se ha aseado la casa?

—Vale más preguntarlo que tener que hacerlo una misma.

—Vale más buscar quien lo haga.

—No lo creas, hermana mía: lo peor de todo es cambiar de criados; y por muchos que se cambien, la mujer no puede escapar de su deber, que es ser la providencia de su casa.

—¿Una providencia doméstica? ¡Esto sí que es gracioso!

—Podrá no parecertelo, pero es la verdad.

—De modo que al casarse una mujer...

—Contrae muchos deberes, ¿quién lo duda?

—Di más bien que se entrega á un martirio eterno.

—No, por cierto; el día que te cases, al decir

mi casa y mi familia, te sentirás compensada de todo.

Al acabar María de pronunciar estas palabras, volvió Pepa armada de un enorme plumero.

—Ya vengo de limpiar perfectamente—dijo, y luego añadió corrigiéndose:

—O mejor dicho, de hacer limpiar á Rosa.

—Que vayan ordenándolo todo ya para la comida—dijo María;—y tú, por tu parte, Pepa, cuida de disponer los postres y el servicio de la mesa: tú vas siempre con pies de plomo, y vale más que te sobre tiempo que no que te haga falta.

—Está bien, señorita.

—Espérate, que aún te tengo que dar algunas otras órdenes—dijo María, al ver que su vetusta criada se disponía á salir.

—Yo me voy—dijo Elvira, que se aburría con estos pormenores domésticos.

—¿Te vas?—repuso María admirada;—¿no quieres estarte conmigo?

—¿Para qué? Estás haciendo de *providencia*, y te basta—respondió Elvira con ironía.

—Pero ¿qué has de hacer sola tú?

—Aburrirme, como aquí y como en todas partes; me vuelve á acosar el fastidio.

—¿Tú fastidiarte!—exclamó María.

—¿De qué te admiras?

—No comprendo cómo se puede fastidiar una mujer de buen juicio y de regulares alcances.

—¡Bah, bah!—dijo Elvira con tono despreciativo;—¿tú no comprendes el corazón humano!

Pues creo conocerlo un poco mejor que tú.

—Mira, hermana, nuestros genios son muy diferentes.

—Vete ya; Pepa, después te explicaré lo que has de hacer—dijo María, que no quería altercar con su hermana delante de su criada.

El ama de llaves salió, diciendo para sí:

—¿Cuando yo decía que ésta había de dar más guerra que Napoleón!

—Elvira—dijo la señora de Alvareda volviéndose hacia su hermana así que se quedaron solas,—no niego que nuestros caracteres son diferentes; pero créeme: si quieres vivir dichosa, debes tomar alguna cosa del mío.

—¡Sí! ¡Debo, por ejemplo,irme á contemplar la casita rústica que hay en el jardín de la Florida, verdad!

—¡Ojalá que, por tu bien, lo hicieras!—repuso María.—¿Verías cómo tu corazón se refrescaba con esas gratas memorias de la infancia, y tu cabeza se despejaba bajo aquel cielo que cobijó nuestra cuna! ¡Allí empecé yo á amar á Alberto, y allí he sido dichosa!

—Pero yo no podría serlo, por la misma diferencia de caracteres que existe entre nosotras y que ambas reconocemos. A mí me agrada el mundo, á ti la soledad y el retiro; á ti ocuparte de las miserias de la casa, á mí de las artes, del lujo,

de la opulencia; á ti te gustan los trabajos mecánicos, y yo los detesto; tú eres, en fin, el retrato de nuestra pobre tía Luisa, y por eso gustas á su hijo, que dichosamente ha llegado á ser tu marido; yo me parezco á nuestra madre. ¡De fijo que tú eres de esas mujeres de hace tres ó cuatro siglos que niegan que se padezca de los nervios!

—¡No, por cierto!—respondió sonriendo María; —creo, por el contrario, que esa enfermedad ha existido siempre, y compadezco mucho al que la sufre.

—Y... ¿á ti te ha aquejado?

—Bien sabes tú que sí.

—¡Pues nadie lo diría! Tienes nervios y no comprendes el fastidio, esa nueva enfermedad azote de tantas pobres mujeres. ¡Ah, qué nervios tan mal empleados!

—Sí, tienes razón—respondió María, quien, á pesar de su dulzura habitual, se enojaba un poco con las pullas de su hermana;—yo no me sirvo de mis nervios para atormentar á los demás ni aburrir á mi marido.

—¡Aburrirle! No tal—repuso Elvira confusa;—yo no digo...

—Hermana mía—prosiguió María con firmeza, no quiero acusarte, pero sí debo darte algunos consejos. Aunque poco, soy mayor que tú y tengo más experiencia por lo que respecta al matrimonio. Creo que una mujer que es buena, piadosa,

honrada y que tiene un talento regular, no se debe fastidiar nunca; el aburrimiento es patrimonio de las almas sin creencias y de los corazones gastados: de aquéllas, porque no esperan un *más allá*; de éstos, porque no son fuertes, nobles y elevados; pero la mujer joven, bella y de talento, como tú; la que sabe que hay después de ésta una vida mejor, no debe ni puede fastidiarse.

—Sí—repuso Elvira con romántica amargura;—así lo asegura el vulgo, olvidando que hay almas privilegiadas que están martirizadas por males que nadie comprende.

—¡Dios nos libre de las almas incomprensibles!—dijo María sonriéndose.

—¿Por qué dices eso?

—Porque son otra enfermedad del siglo.

—Vamos, tú dirás lo que quieras, pero á mí ya no me es posible escuchar más desatinos—exclamó Elvira levantándose con ímpetu y tomando su libro para marcharse á su cuarto.

—¿Es posible que te hayas de enojar así conmigo porque deseo tu bien?—exclamó tristemente María.—Vamos, óyeme con un poco de calma: ¿quieres que yo te diga lo que haría en tu lugar para librarme del fastidio?

—Veamos—respondió Elvira con frialdad.

—Pues bien: recordaría que Gaspar es muy bueno, que me ama, puesto que va á casarse conmigo muy en breve; y para darle una prueba de mi afecto, y cierta de su gratitud por mi obsequio,

le bordaría un pañuelo, de esa manera tan primorosa que tú sabes hacerlo.

—No pienso en semejante cosa—respondió Elvira con viveza;—¿no conoces que con eso sentaría un precedente muy malo para lo sucesivo?

—Mas ¿por qué?

—Porque después de casada me vería obligada continuamente á bordar zapatillas, hacer bolsillos, marcar pañuelos, y la verdad, esto me gusta muy poco; y entretanto él se iría muy contento y muy tranquilo, creyendo que me hacía un gran favor en dejarse obsequiar. ¡No, no; quien quita la ocasión quita el peligro!

—¡Qué exagerada eres!

—Como quieras; pero deseo arreglar las cosas desde el principio.

—¿Y no piensas ser un poco condescendiente con Gaspar?

—Ni un solo día.

—Vamos, que ya le permitirás fumar.

—Aunque viviera un siglo á mi lado no ha de tener ese gusto. ¡Pues tengo yo un genio para ceder!

—Fumará cuando salga de casa.

—No podrá hacerlo, porque saldrá siempre conmigo.

—¿Y cuando tenga negocios?

—Saldrá, si yo le doy licencia.

—Mira, hermana—dijo María,—que en Gaspar comprendo muy bien el fastidio.

—Pues te aseguro que Gaspar no se fastidiará á mi lado.

—Me alegraré mucho.

—En fin—repuso Elvira,—puesto que has educado á tu gusto á tu esposo, hazme el favor de callarte ahora y de dejarme educar al mío á mi antojo.

—¡Es que todavía no le tienes!

—Pero le tendré, ¿lo entiendes?

Elvira, al decir estas palabras con tono duro y seco, salió de la estancia, echando sobre su hermana una mirada de despreciativo enojo.

VII

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

María, aturdida con aquella brusca contestación, permaneció inmóvil por algunos instantes. Elvira llegaba ya hasta la grosería, porque la irascibilidad es una rápida pendiente por donde se derrumba hasta la buena educación de la mujer.

Una vez suelto ó abandonado el freno de la prudencia, el carácter se desborda insensiblemente; la ira toma enormes proporciones, y se dice todo lo que ella inspira, sin miramiento ni consideración alguna.

Así sucedía con Elvira: la modestia, el bien parecer, iban siendo para ella palabras sin significa-

do alguno; y María, la dulce, la templada, la complaciente María, veía con dolor desencadenarse aquel carácter casi feroz.

—¿Es posible—se preguntaba—que ésta sea mi hermana, aquella hermana á la que nuestra dulce y suave amiga Mundeta educaba con tanto esmero y con tanto amor? ¿Y es posible que ese hombre, bueno, honrado, razonable y dotado de mil bellas cualidades, se case con ella? Ya he llegado á dudarle; pero ¡no permita Dios que se des haga este proyecto, y ojalá se lleve á cabo para asegurar la dicha de Elvira!

Las reflexiones de la joven fueron interrumpidas por el ruido que hizo la puerta al abrirse; volvióse vivamente y vió entrar á Alberto.

—¡Cielos!—murmuró éste, dolorosamente sorprendido de hallar allí á su mujer.

María notó aquel movimiento, y se levantó asustada para salir al encuentro de su esposo.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede?—exclamó;—¿cómo te vienes tan pronto á casa?

—Se me habían olvidado algunas cartas... y venía á buscarlas—respondió Alberto con visible turbación.

—¡No, no; eso no es cierto!—repuso María;—¡tú me ocultas alguna cosa!

—Te aseguro que no.

—¡Y yo no te creo! ¡Piensa, Alberto, que la duda es un tormento cruel, que el pensamiento vuela y muchas veces va más allá de la verdad!

¡Tú no pensabas hallarme aquí, y venías á encerrarte en tu cuarto para dominar algún disgusto, algún grave pesar, antes de verme!

—Pues bien—respondió Alberto con una resolución amarga:—ya que has adivinado la situación de mi ánimo, ¿á qué ocultarte nada? Sabe que he tenido una gran pérdida.

—¿Pero dónde?

—En la Bolsa; han bajado los fondos... Yo jugaba al alza hace tiempo, y...

—¡Nos hemos arruinado!—exclamó María con terror.

—¡No!—respondió Alberto;—no es tan completa la desgracia; tan sólo he perdido doce mil duros... Pero hace tiempo que mis negocios se enredan, y era justamente con eso con lo que yo pensaba reponer un poco nuestro caudal. ¡Ah, María, yo trataba de evitarte este disgusto! No quería verte hasta estar más sereno para poderme dominar...; pero te has empeñado en saberlo, y...

—Hubieras obrado muy mal callándome esa desgracia—repuso María con dulce gravedad; y luego añadió con fingido enojo y amenazándole con el dedo:

—¡Engañar á su mujer! ¡Habrás visto! ¡Mire usted, señor marido, que no le voy á querer si otra vez piensa así!

Alberto miró á su mujer lleno de admiración; de ella esperaba lágrimas, sollozos, quejas contra

la suerte, y en vez de esto, la veía risueña, contenta, juguetona.

—¡Qué admirable fortaleza!—exclamó, contemplándola asombrado;—veo que tienes más valor que yo.

—Cuando recibes una alegría, ¿no vienes al instante á partirla conmigo?—preguntó María.

—Es verdad—respondió Alberto;—pero es porque quiero que la sientas como yo, porque de lo contrario no habría alegrías para mí.

—¿Y porqué causa, Alberto mío, no haces otro tanto cuando te aflige un dolor? Si nos causa placer partir las alegrías con el ser á quien amamos, es también una dicha muy grande el poder sufrir con él.

—¡Ah!—repuso Alberto;—es tanto lo que deseo hacerte dichosa, que no quisiera que conocieras á mi lado ni la sombra de un pesar!

—Amigo mío, la felicidad no consiste en no haber sentido dolores, sino en saberlos soportar con valor y resignación; en saber elevar los ojos al cielo y decir desde lo íntimo del alma: ¡Bendita sea, Dios mío, tu santa voluntad!

—¡Ah, sí; tienes razón!—exclamó Alberto, completamente reanimado por las dulces palabras de su esposa.—¡Bendita seas tú también, María, que me has devuelto la conformidad y la esperanza!

—Pues qué, ¿acaso las habías perdido?—dijo la joven, cuyos ojos brillaban con un entusiasmo generoso.—¡Yo no sé por qué razón os llamáis los

hombres fuertes! ¡Al primer contratiempo desmayáis y os afligís mucho más que las débiles mujeres!

—¡Es que ha sido un tremendo golpe la pérdida que he sufrido! ¡Hace ya tiempo que mis asuntos van mal, como si una mano oculta y perversa se empeñase en consumir mi ruina, después de tantos afanes, de tanto como desde hace un año estoy discurriendo para ganar lo que pierdo!

—¡Alberto, por Dios, no te desconsueles así! Ya sé que no crece nuestra fortuna, sino que, por el contrario, va á menos. ¿Pero no trabajas cuanto te es posible? ¿No procuro yo á mi vez hacer todo lo que está á mi alcance para arreglar nuestra casa con la mayor economía, sin que decaiga nuestra decencia habitual? Pues bien, amigo mío; después de cumplir bien y exactamente con nuestro deber, no queda otro remedio que la conformidad. Dios nos reparte los bienes y Dios también nos los quita; y el que llora desconsoladamente sus perdidos beneficios, no acata como debe sus inescrutables designios. Pero ¿qué estoy diciendo? Tu desesperación ha sido un extravío del momento, porque yo sé, Alberto, que tienes resignación y que está la fe muy arraigada en tu alma.

—Sigue, María—dijo Alberto, que escuchaba á su mujer extasiado;—tus palabras tienen sobre mí un poder irresistible.

—¡Eh! ¡Démoslo todo al olvido!—exclamó María alegremente;—haremos economías.

—Yo me encargo de eso—dijo Alberto.

—¡No, no; no es cosa tuya! Yo procuraré ganar en pocos días todo lo perdido.

—¿Pero vas á privarte...?

—De todo lo que es superfluo—respondió la joven con resolución.

—No, no; déjame á mí el cuidado de arreglar...

—¿No te he dicho que no es para ti ese cuidado?

—Mira: por lo pronto, acortaremos la suma que destinás á los pobres.

—Dé ningún modo; por lo pronto, y perdona que te contraríe, desiste de comprar la alquería que querías en Valencia.

—¡Pero si el médico ha encargado que tomes los baños de mar!

—¿Y no podré tomarlos si no tenemos casa propia? ¡Bah! Alquilarémos una barraquita; ¡son tan poéticas, tan bonitas! Me gustan más, mucho más que las alquerías.

—¡Pero reflexiona que las barracas son tan incómodas!...

—No lo creas; lo agradable, lo nuevo en las temporadas de verano, son las incomodidades que se pasan. ¡Para no hallar alguna variación, se está uno en su casa! Además, yo no necesito comodidades para ser dichosa, Alberto; á tu lado soy feliz, lo mismo en un palacio que en una cabaña.

—¡María, eres un ángel, y todo mi profundo amor no bastará á pagarte el bien que me has he-

cho!—exclamó Alberto, estrechando entre las suyas las manos de su mujer.

En aquel instante apareció Elvira en la puerta. Llevada de su impaciencia por la vuelta de Gaspar, aunque apenas hacía dos horas que había salido, venía con el objeto de ver si había llegado ya y de informarse de Pepa si se hallaba en su cuarto.

—¿Os estorbo?—preguntó maliciosamente al encontrar á María y á su esposo con las manos enlazadas.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó Alberto riéndose;—¿cuándo nos has estorbado tú, querida mía?

—Podría ser... ¿Sabéis si ha vuelto Gaspar?

—No—contestó María.

—¡Hola! ¿Ya te enfada su ausencia?—dijo Alberto.

—No, por cierto—repuso secamente Elvira;—me tiene sin cuidado alguno.

Al decir estas palabras, la joven, con el rostro contraído por un violento enojo, se dirigió hacia una mesita de labor, y tomando un bastidor muy pequeño, en el que había extendido un cuello, se puso á bordar, con esa rapidez que nace de la ira y que tan ligera hace andar la mano de las mujeres.

—No temas—dijo Alberto con tono burlón;—Gaspar está en la Audiencia y vendrá al instante, humilde como una oveja, á ponerse á tus pies.

—¡Te advierto que no consentiré que te burles de mí!—repuso Elvira muy enojada.

—¿Qué es eso? ¿Vas á bordar al fin?—preguntó María á su hermana.

—¡Si; voy á bordar un cuello para mí!—respondió Elvira, poniendo su labor ante los ojos de María;—¡no te figures que me ocupo de Gaspar!

—¡Uf, qué genio!—murmuró Alberto entre dientes.

—¡Ten calma, por Dios!—dijo María suavemente;—¡por todo te incomodas, y tú sufres más que nadie!

María salió, y Alberto con ella, quedando sola Elvira con su bordado y con su enojo.

Así acontece siempre á los caracteres irascibles; todos huyen de ellos, y son al fin condenados á una perpetua soledad.

VIII

NUEVAS BORRASCAS

—¡Pues, señor, tendré paciencia! Sí, sí, es lo mejor; sangre fría. «¡A la Audiencia! ¡No voy más que á la Audiencia!», me dijo el muy embustero. ¿Quién pone tasa á los pasos de los hombres cuando están en la calle? Ellos nunca encuentran la hora de volver á casa. ¡Y Gaspar, que es andaluz!... ¡Pues digo! ¡Habrá encontrado algún

amigo, y si es paisano, estarán charlando eternamente!

Esto se decía Elvira, en tanto que su aguja se movía con una rapidez asombrosa, cuando la puerta se abrió y entró Gaspar furioso.

—¡No hay en el mundo justicia!—exclamó, arrojando sobre una silla su sombrero.—¡Perdido el pleito! ¡Perdido, y con costas! ¡Si hay para pegarse un tiro!

Por efecto de uno de sus bruscos movimientos, se volvió y vió á Elvira.

Acercóse á ella, procurando, aunque en vano, serenarse.

—Vengo rabiando—le dijo; y como observara que ella seguía silenciosa é inmóvil, continuó:

—¿Sabe usted lo que me pasa?

—No, señor—repuso Elvira con dureza.

—¡Vaya un genio que tiene usted, señora!

—¿Le tiene usted mejor?

—¡Sin duda!

—¿Esperaba usted que saliera á recibirle á la escalera con palmas?

—Lo que yo hubiera querido y agradecido mucho, es que al verme usted entrar en casa triste é irritado, tratara de averiguar la causa de mi disgusto para endulzarlo con alguna palabra cariñosa.

—¡Pues no es mala la misión que el orgullo de usted me reserva!—exclamó Elvira.

—¡Misión que usted hallaría dulce y grata si me amase como dice!